

Creer en Dios

Llueve. Hace días que llueve. Es una lluvia suave, amorosa, acariciadora, nutricia. Una lluvia monótona y sosegada, rítmica. Una lluvia que todo lo moja, que todo lo empapa, que todo lo recorre, que todo lo limpia, que todo lo alimenta. Es como si los depósitos del cielo, llenos hasta los bordes, no pudiesen contener el agua que les va llegando y ésta rebosase suavemente, por sus cuatro costados, de modo inevitable y sin fin. El aire, lavado, fregado, filtrado, puro, es un aire transparente, clarísimo, lleno de luz, que lo hace todo más bello y más suave y más próximo.

Ha salido el sol un momento y el mundo vegetal se ha convertido en una inmensa exposición de pedrería y cada hoja, por humilde que sea, luce collares y brazaletes y broches de perlas, de zafiros, de rubíes, de esmeraldas, de amatistas, y de toda clase de joyas, a cual más hermosa y brillante.

¡Y aún hay quien no cree en Dios!